La filosofía moderna y contemporánea Octubre del 80, día de misión, 18 de noviembre del 80 El culto a la razón en la época que llamamos racionalista no podía dejar al margen de su campo de interés una de las actividades más puras del razonar como es su actividad lógica

En este sentido, Leibniz es considerado como uno de los que hicieron posible el ulterior desarrollo de la lógica formal. Así lo reconoce expresamente, entre otros, el padre de la actual cibernética Norbert Wiener. Pues bien, para considerar los principios lógicos de Leibniz hay que tener siempre presente su distinción entre verdades de razón y verdades de hecho. Para Leibniz la verdad se expresa en proposiciones y éstas han de tener la forma de sujeto predicado o poder reducirse a ella. Y la verdad consiste en que esa proposición se corresponda con la realidad posible o actual. Ahora bien, las proposiciones no son todas de la misma especie. Hay unas que son necesarias en el sentido de que o son evidentes por la realidad o son necesarias por la realidad. Hay otras que son necesarias por sí mismas o reductibles a otras que lo son.

verdades de razón que son necesariamente verdaderas y cuya verdad descansa en el principio de contradicción. Así, si afirmo que el todo es mayor que una de sus partes, estoy afirmando algo que es necesariamente verdadero, siempre y en cualquier circunstancia, y cuyo opuesto es inconcebible. Existe, sin embargo, otro tipo de verdades con las que no sucede lo mismo. Si digo que José Luis se ha casado anteayer con Teresa y efectivamente ha sucedido así, estoy enunciando una verdad que no es de ninguna manera necesaria. Podía haber sido de otra manera o no haber sido en absoluto. José Luis podía haberse casado con María y esta boda podía haber tenido lugar hace un mes o bien podía no haberse casado. El enunciado existencial que acabamos de formular, si es verdadero, es contingente. Es en el lenguaje de Leibniz una verdad.

de hecho. No podemos deducirla a partir de una verdad a priori, evidente por sí misma. Conocemos su verdad a posteriori. Pero al mismo tiempo tiene que haber una razón suficiente de su existencia. Según Leibniz, las verdades de razón son necesarias y su opuesto es imposible. Las verdades de hecho son contingentes y su opuesto es posible. Y así como las verdades de razón se fundamentan en el principio de contradicción, las de hecho se apoyan en el de razón suficiente. Podríamos concluir de lo dicho que las verdades de razón para Leibniz son analíticas, el predicado estaría contenido en el sujeto, y las de hecho sintéticas, del mero análisis del sujeto, no se concluiría el predicado. Pero no es así exactamente, porque para Leibniz hay una excepción. Se trata de la proposición

Dios existe. Aquí se trata de una verdad de hecho que es analítica y cuya negación, repetimos para Leibniz, supone una negación lógica. Pero fuera de este caso, sí puede decirse que las verdades de razón son analíticas, pertenecen a la esfera de lo posible, y las verdades de hecho son sintéticas y pertenecen a la esfera de lo existencial. Leibniz sitúa entre las verdades de razón las que él llama verdades idénticas. Se trata de aquellas que son conocidas por intuición y cuya verdad es evidente por sí misma. Leibniz explica que las llama idénticas porque parecen limitarse a repetir la misma cosa sin darnos información alguna. Habría que situar entre esta clase de verdades idénticas enunciados tales como el del principio de identidad. A es A. O este otro. Cada cosa es lo que es.

Y como ejemplo de verdades idénticas negativas propone lo que es A no puede ser no A. Ahora bien, en este grupo de verdades idénticas negativas Leibniz incluye lo que él llama

verdades disparatas. Y que consistirían en enunciar que el objeto de una idea no es el objeto de otra idea. Así por ejemplo el calor no es la misma cosa que el color. En nuevos ensayos explica que todo eso puede ser afirmado independientemente de toda prueba o de la reducción a la oposición o al principio de contradicción. Cuando esas ideas son suficientemente entendidas para no requerir análisis. En toda esta cuestión se puede observar que los ejemplos que Leibniz propone son verdades tautológicas y evidentemente Leibniz lo sabía. Por eso piensa que todo el sistema de la lógica y de las matemáticas puras.

Son sistemas tautológicos. En una carta a Clark afirma que el gran fundamento de las matemáticas es el principio de contradicción o identidad. Esto es, que una proposición no puede ser verdadera y falsa al mismo tiempo y que, en consecuencia, A es A y no puede ser no A. Ese principio singular es suficiente para demostrar cualquier parte de la aritmética y de la geometría, es decir, todos los principios matemáticos. Pero para pasar de las matemáticas a la filosofía natural, se necesita otro principio, como he observado en mi teodicea, y me refiero al principio de razón suficiente, esto es, que nada ocurre sin una razón por la cual debería ser así y no de otro modo. En cuanto a las teorías, las teorías de la filosofía natural son las que más se han visto en la historia. En cuanto a las definiciones, Leibniz era consciente de que las matemáticas las necesitaban. Por eso asegura que 3 es igual a 1.

La definición del número 3 es la que más se refiere a la definición del número 3. Sin embargo, Leibniz no afirma que todas las definiciones sean arbitrarias. Una cosa son las definiciones nominales y otra las definiciones reales. Según él, las definiciones reales manifiestan claramente que la cosa es posible, en cambio las nominales no. Por eso rectifica a Hobbes porque había pensado que las verdades eran arbitrarias porque dependían de definiciones nominales. Lo que sucede es que hay, además, definiciones reales que definen claramente lo posible y en ese sentido las proposiciones que se derivan de ellas son verdaderas. Las definiciones nominales son evidentemente útiles, pero sólo nos servirán para el conocimiento de la verdad cuando esté bien establecido de otra manera que la cosa definida es posible. Y Leibniz concluye.

Para asegurarme de que lo que concluyo a partir de una definición es verdadero, tengo que saber que esa definición es posible. Entonces, en una ciencia del tipo de las matemáticas puras, el conjunto de la ciencia pertenece a la esfera de lo posible, que Leibniz identifica con lo no contradictorio. Pero las proposiciones matemáticas no son sino un ejemplo de verdades de razón. Por eso todas las verdades de razón se sitúan en la esfera de la posibilidad. De ninguna manera son juicios existenciales. Siempre con la excepción de la proposición ya mencionada, Dios existe. Queda dicho ya que las verdades de razón de Leibniz no se identifican simplemente con las verdades de la ciencia pura. Son verdades analíticas, porque para él todas las proposiciones verdaderas son, en cierto modo, analíticas.

En cambio, las verdades de hecho no pueden ser reducidas a proposiciones evidentes por sí mismas, como sucede con las verdades de razón. Podría decirse entonces que las verdades de razón son finitamente analíticas, es decir, aquellas que el análisis humano, no el divino, puede mostrar como necesarias, las cuales, según el principio de contradicción, son verdaderas. Y dado que, para Leibniz, las verdades de hecho no son analizables, se

podría afirmar que las proposiciones de razón son analíticas, salvando siempre la excepción acostumbrada de que las verdades de hecho pueden ser conocidas a priori por Dios, pero no por nosotros. La conexión entre las verdades de razón es necesaria, pero entre las de hecho no siempre, o como lo formula Leibniz. La conexión, dice, es de dos clases.

La una es absolutamente necesaria, de modo que su contrario implica contradicción, y esa deducción se da en las verdades externas, como las de la geometría. La otra es solamente necesaria ex hipótesis, y por así decirlo, por accidente, y es contingente en sí misma cuando el contrario no implica contradicción. Hasta aquí Leibniz. Así, cuando formulamos una condición, si A entonces B, es cierto que si se da A, necesariamente se dará B, pero lo que ya no es cierto, lo que ya no es necesario, es la existencia del sistema en el cual esa conexión sería necesaria, ya que no todos los posibles son compatibles entre sí. Por eso, Leibniz afirma, y que eso vale no solamente para el universo, sino para la humanidad.

respecto a las cosas que existen actualmente, sino también respecto a toda la serie de las cosas. Es decir, creo que hay necesariamente especies que nunca han existido y nunca existirán al no ser compatibles con esta serie de criaturas que Dios ha elegido. La cuestión estaría en que si Dios elige un sistema en el cual se diera A, si B es lógicamente incompatible con A, entonces B queda necesariamente excluido, siempre teniendo en cuenta que esa conclusión se produciría únicamente bajo la condición de que Dios eligiera el sistema en el que tiene lugar A. Hasta aquí, todas las propuestas de explicación de Leibniz son suficientemente claras. La excepción mencionada, que constituye la proposición Dios existe, viene a complicar las cosas. En este sentido, Leibniz en Principios de la naturaleza y de la gracia.

y en la monadología, ambas de 1714, viene a decir que las proposiciones contingentes son, de alguna manera, analíticas, porque aunque el entendimiento humano sea incapaz de deducir el predicado por el mero análisis del sujeto, con Dios no sucede así, ya que Él conoce perfectamente el sistema en el que se produce el sujeto, es decir, tiene en sus manos todos los datos necesarios para poder concluir el predicado. El ser omnisciente dispondría, desde luego, de todas las variables y sus posibles combinaciones, para que una vez que se produzca una de ellas, conozca necesariamente las subsiguientes. El ejemplo que utiliza Leibniz es, la decisión de César de pasar el Rubicón es cierta a priori, no para nosotros, por supuesto, pero sí para un entendimiento moderno. Un entendimiento divino, infinito, en posesión de toda la información necesaria de la que nosotros carecemos.

Ese entendimiento conocería no sólo a César, sino a todo el sistema del que César forma parte, de lo cual ningún hombre es capaz, ya que según Leibniz, por paradójico que parezca, nos es imposible tener conocimiento de individuos. El factor más importante del problema es el hecho de que la individualidad incluye infinitud, y solamente quien es capaz de comprender ésta puede tener el conocimiento del principio de individuación de ésta o aquella cosa. Ya se ve que esta solución lógica justifica satisfactoriamente la condición analítica de las verdades de hecho. La cuestión estaría en preguntarnos a qué precio se consigue esa conclusión. La cuestión es que la diferencia entre la determinación y la coherencia, ya que en este caso nos amenazan preguntas muy graves sobre el determinismo del sistema en el que vivimos. Es sabido que a esta dificultad Leibniz respondió con su optimismo cósmico, en el cual nuestro sistema no es un sistema de la vida.

sería perfecto, salta a la vista, pero sí sería el más perfecto posible. En ese caso nos asaltaría una nueva perplejidad respecto a Leibniz, ya que después de haber afirmado que nos encontramos en el mejor de los mundos posibles y con un mínimo sentido de la realidad, ¿quién se atrevería a considerar esa afirmación como optimista? Gracias.